

1-13 DIOS CREADOR

“En el principio CREÓ Dios EL Cielo y la tierra” (Gen 1:1). ¿Quién no se impresiona con estas poderosas palabras con las que comienza la Sagrada Escritura? La primera de todas las obras de Dios es la creación. Es, por así decirlo, la base y el modelo de todas sus acciones ulteriores. Sin ella, la redención y la salvación no tendrían fundamento. (CIC 279).

Las lecturas de la Vigilia de Pascua comienzan siempre con el relato de la creación. Este mundo que Dios ha creado, ha sido también redimido por la muerte y Resurrección de su Hijo Jesús.

Como la liturgia, también la catequesis y la predicación a lo largo de los siglos, han comenzado con el testimonio de fe en Dios, Creador de cielos y tierra. Lo estamos descubriendo nuevamente hoy en día. Sin la fe en Dios creador, la fe en Jesucristo no tiene base. Por eso la catequesis sobre la creación es tan importante.

A la pregunta de por qué Dios creó el mundo, el Catecismo responde: “El mundo fue creado para la gloria de Dios” (CIC 293). ¡Cuán a menudo alabamos la obra de Dios en su creación!: “Los cielos proclaman la obra de Dios...” (Salmo 19:1). Y no es porque Dios tenga necesidad de nuestra alabanza para aumentar su gloria, sino que creó todo de la nada por pura benevolencia, para comunicar la magnificencia de su eterna bienaventuranza. El mundo no es un subproducto de la mera casualidad, sino la expresión de una autodonación sabia y amorosa.

“¡Oh Señor, cuán variadas son tus obras! ¡Todas las hiciste con sabiduría!” (Salmo 104:24). Lo que el adorador reconoce en este salmo es de hecho constantemente presupuesto por nosotros. Actuamos bajo el supuesto de que en el mundo existen leyes que podemos descubrir. Toda nuestra concepción científico-natural se basa sobre este principio. Lo accidental no puede ser científicamente investigado pero sí el orden: y este último es expresión de una inteligencia ordenadora. La Creación indica la sabiduría del Creador. (CCC 295).

Podemos hacernos receptivos al lenguaje de la creación, pero no sin nuestras perspectivas y nuestro corazón. No es por casualidad que los santos han tenido una especial relación con la creación: S. Francisco de Asís es el ejemplo mejor conocido. Cuando estamos absorbidos por nosotros mismos, obsesionados por el deseo y la codicia, entonces la creación no puede desplegarse ante nuestros ojos en toda su pureza. Solo que es libre de sí mismo puede comenzar a percibir apropiadamente las cosas creadas (CCC 299). El Creador comienza a hablarle en el lenguaje de sus criaturas, y la alabanza del Creador anida en su corazón.

¿No es extraño que uno de los más maravillosos cánticos de alabanza a la creación venga de alguien que sufría, próximo a la muerte? Cuando S. Francisco oró el Cántico de las Criaturas (CIC 344) en San Damián, estaba devastado por el dolor y casi ciego. El sufrimiento y la adversidad la habían purificado hasta tal punto que podía percibir el lenguaje del amor de Dios en toda la creación. Esto no es romanticismo sino alabanza de la creación a pesar, y trascendiendo más allá, del sufrimiento. ¿Pero como un Creador bueno ha permitido que la corrupción y el mal se abran paso en su obra?